

ELENA GALLEN



El Diabló
es una mujer

Ilustrado por SARA HERRANZ

ELENA GALLÉN

El Diablo
es una mujer

Ilustrado por
SARA HERRANZ

© de los textos, Elena Gallén, 2021
© de las ilustraciones, Sara Herranz, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.instagram.com/lunwerg
www.facebook.com/lunwerg
www.twitter.com/LunwergLibros

Primera edición: octubre de 2021
ISBN: 978-84-18820-11-3
Depósito legal: B. 12.012-2021
Imprime: Macrolibros

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Prólogo: las diabólicas	11
Kefrén y Micerinos	20
Lilith	31
Cantos de Sirena	36
Salomé: dicen que el amor tiene un sabor amargo	40
Mata Hari: la cortesana de los dioses	45
La espada de Judit	57
La edad de oro	60
Oda a Phyllis Dietrichson	78

El amor duele	94
Dios es una araña gigante	106
La fascinación	118
<i>Vírgenes anti-aging</i>	127
¡Os amo! ¡Os amo a todos!	143
El vellocino de oro del embrujo contemporáneo	156
<i>Hollywood Endings</i>	163
Paraíso perdido	178
Epílogo	184



KEFRÉN Y MICERINOS

I

Joseph Campbell dice que los mitos son sueños públicos. Las películas también lo son. El cine es el mito de hoy. Las películas son sueños colectivos y, como tales, son capaces de validar, mantener o transformar el orden social. Registran la historia o fingen hacerlo, le dan forma al pasado como un sujetador al pecho.

Por eso, en los años 50, todas querían tener las tetas como las pirámides de Kefrén y Micerinos.

Desde las grandes industrias fílmicas se ayuda a construir, a largo plazo, el relato colectivo en general y el de las mujeres en particular. Por eso es tan importante que no subestimemos el poder de las películas. Hay que plantearse qué historias se nos cuentan, por qué y a quién benefician en relación con el momento histórico en el que se encuentran. Las películas de hoy nos dan pistas del mundo del mañana. No hablo de profecías mayas, asteroides o pandemias, sino de valores y eso que los americanos llaman *agenda*.

Pero empecemos por el principio. Construir el relato femenino sin apenas voces femeninas es imposible. Construir el relato femenino con voces masculinas disfrazadas de personajes femeninos es más de lo mismo. Por eso lo que el cine nos ha contado sobre las mujeres está tan distorsionado. Para colmo, para conseguir uno de esos papeles estrella susceptibles de construir el nuevo relato femenino hay que comprometer, tarde o temprano, prácticamente todos los valores por los que estamos luchando. Por eso es imprescindible que como

mujer joven en esta industria tengas la doble moral y la sangre fría de una espía si pretendes dinamitar el sistema desde dentro. Si, además, eres actriz es bastante más probable que te corrompas en el camino.

Adaptarse o morir, dicen los biólogos, por eso existen celebridades que, familiarizadas con el medio y curtidas a base de palos, como Nicole Kidman o Reese Witherspoon, se han ganado como estrellas reconocidas de mediana edad y productoras el privilegio de poder promover las voces femeninas en circuitos comerciales sin perder reputación ni dinero. Los dos pilares del templo del séptimo arte, si dejamos de lado el sexo, que no es tanto un pilar sino la ceremonia que acontece dentro.

Luego también puede ocurrirte como a Greta Garbo, que hace ahora un siglo, y siendo la intérprete mejor pagada de Hollywood, harta de no poder encarnar papeles que trascendiesen su sexo biológico, y después de haberle vendido el alma a Mefistófeles, no encontró otro remedio que pagar por recuperarla el precio de desaparecer del mapa en la cima de su éxito. La industria del cine es, a su vez, la cuna de los inadaptados.

Fraguadas en este lodazal en el que brota esporádicamente alguna flor de loto, la gran mayoría de películas comerciales han servido para consolidar y perpetuar estereotipos femeninos limitantes y dañinos durante más de un siglo. Unos estereotipos que, aun aparentando diversidad, nos polarizan en buenas o malas, ángeles o demonios, y nos condenan —simplificando al máximo— a la casa o a la hoguera, al cielo o al infierno. Yo, como muchas cinéfilas, he construido mi feminidad casi exclusivamente a través de las películas que he

visto. Mi sexualidad, incluso. Y me considero afortunada porque mi idea del amor romántico tiene más que ver con la de *La posesión* (1981) de Andrzej Żuławski que con la de *Desayuno con diamantes* (1961). «Cuando no estás te imagino como un animal o como una poseída», le confiesa Mark a Anna en *La posesión* atormentado por los celos, «pero cuando te veo, todo eso desaparece».

Pese al sufrimiento inherente que ha conllevado para hombres y mujeres asociarnos y ser asociadas a cada una de esas malas mujeres, malas madres, malas hijas y malas esposas, personalmente no me arrepiento de haber asimilado el estereotipo.

El dolor despierta la conciencia.

«Todos los dioses sanadores son dioses heridos», dice el psicoanalista Donald Kalsched sobre el mito de Eros y Psique. Supongo que hoy puedo lamerme mis propias heridas y las de otras mujeres y algunos hombres, porque como a esos dioses inmortales se me condenó culturalmente también al dolor eterno. Y sin embargo, deseo que a las siguientes generaciones no les ocurra lo mismo: espero que crezcan, a diferencia de nosotras, con un abanico de personajes multidimensionales y diversos en los que reconocerse porque, sinceramente, no alcanzo a imaginar lo que eso supondrá para ellas. Tal vez sean las primeras generaciones de mujeres terrícolas que no se sientan decididamente extraterrestres. Yo aún le pongo velas al Dios Bergman por haberme dado referentes femeninos en los que encontré cobijo.